



TODO HOMBRE  
TIENE DERECHO  
A SER PERSONA

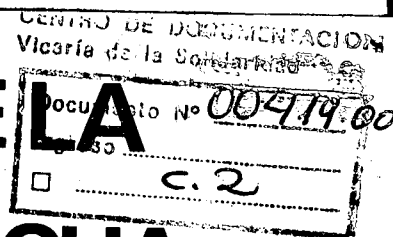
SEGUNDO ENCUENTRO  
NACIONAL

LOS DERECHOS  
SOCIALES DE LOS  
TRABAJADORES Y  
EL MAGISTERIO  
DE LA IGLESIA

SANTIAGO, 25-29-30 DE SEPTIEMBRE

CHILE en el año de los  
derechos humanos 1978

# HOMILIAS OFICIALES DE LA IGLESIA DE SANTIAGO PRONUNCIADAS CON FECHA 1º DE MAYO, FIESTA DE SAN JOSE OBRERO, 1974 a 1978.



**En cada época  
los cristianos  
debemos escuchar  
atentos el grito  
de los pobres**

Homilía pronunciada por Mons. Enrique Alvear U.,  
Obispo Auxiliar de Santiago  
1° de Mayo de 1974



Hermanos:

Nos unimos hoy, en la celebración de la Eucaristía a todo el mundo trabajador de Chile y del mundo para celebrar el Día del Trabajo.

En este día de San José Obrero queremos unir a Cristo nuestro trabajado diario, con todas sus penalidades, esfuerzos y esperanzas.

Anhelamos convertir el trabajo en Alabanza a Dios, en colaboración con la obra creadora y en el gran instrumento de realización personal y de encuentro humano solidario, para hacer una sociedad más justa al servicio del hombre y con la participación de todo el hombre y de todos los hombres.

Acabamos de escuchar tres lecturas bíblicas. En realidad la que nos habla del Buen Samaritano, es la síntesis de las tres.

El Evangelio nos habla de varios personajes:

Primero de un hombre asaltado, despojado, golpeado y botado a la orilla del camino.

¿Quién es este hombre?

El mismo a quien se refería Isaías: Es el desvalido, el quebrantado por los injustos (Isaías 58,3), a quien hay que:

“Desatar los lazos de maldad  
deshacer las amarras del yugo”

y a quien hay que: “Dar la libertad y arrancar todo yugo” (Is. 58).

Sus asaltantes son: los que con actitudes injustas lo maltratan y lo dejan inutilizado, privado de sus derechos.

Son los que a través de toda la historia han utilizado a los pobres sin considerar su dignidad humana y sin tomar en cuenta sus más profundos anhelos de hombre.

Se habla después en la parábola de un sacerdote y de un levita del Templo de Jerusalén.

Si los anteriores cometieron la injusticia y no quisieron escuchar las súplicas del débil, los que ahora pasan haciendo un rodeo para no enfrentarse con el hombre, son los que aceptan la injusticia que otros cometieron y pasan con indiferencia, con frialdad, ante sus hermanos necesitados.

No escuchan el “grito de los pobres, el gemido de los débiles” (Job 34, 28) y deben temer lo que dice el Señor en el Libro de los Proverbios (21, 3): “Quien cierra los oídos a las súplicas del débil llamará también él y no hallará respuesta”.

Cada uno de los que estamos reunidos en este Templo y de los que me escuchan por la radio, debe hacerse una seria pregunta:

“Yo, ¿escucho el llamado de mi hermano afligido?”.

“¿Atiendo al gemido, algunas veces; al clamor otras veces, de tantos que sienten hambre, desnudez, desnutrición para sus hijos, privación o desconocimiento de sus legítimos derechos?”

—Y continúa la parábola del Buen Samaritano. Pasa otro personaje, el Samaritano, enemigo judío caído.

Aquí se cumple el anuncio de la Segunda Lectura de Isaías: "El lobo y el cordero comerán juntos, el león y la serpiente no harán más daño"; o sea, el Samaritano, enemigo, se hace amigo del hombre judío y lo sirve como hermano. Le da confianza y comparte con él lo que es suyo: su tiempo, su dinero, su cabalgadura.

Yo diría: El Samaritano es el hombre que reconcilia con los hombres al asaltado devolviéndole lo que unos le quitaron y lo que otros se negaron a restituirle: su integridad personal, su dignidad de hombre, su capacidad para valerse por sí mismo.

El Samaritano es el hombre sensible, justo y lleno de amor que se hace eco de los débiles gemidos del pobre abatido en el camino.

Reconcilia al hombre y le da la paz, porque actúa con amor y justicia devolviéndole lo suyo.

El Samaritano es Cristo: Sólo El podía sanar al hombre, hacerlo sentir persona y reconciliarlo con sus hermanos.

El es la imagen viva del Dios que viene en persona a buscar al hombre para darle su amor y hacerle justicia.

El es el Dios hombre que se hace pobre para escuchar el "grito de los pobres para hacerse su representante y defensor ante el padre y ante los hombres".

Cristo es el Buen Samaritano. Sólo El podía serlo:

En la Cruz da muerte a nuestro pecado, nuestra injusticia, nuestro egoísmo, nuestra frialdad, nuestro rencor. Suprime el muro que divide a los hombres para hermanarlos y para construir el nuevo hombre, la nueva creación que comienza en El mismo, con su Resurrección.

(Cfr. Ej. 2, 14-16).

Hermanos:

En cada época los cristianos debemos escuchar atentamente el grito de los pobres.

A veces es sólo un débil gemido que brota del corazón de una comunidad humana y sólo lo escuchan quienes aman mucho a sus hermanos, pero la inmensa mayoría no detiene su paso para escucharlo y responder como el Buen Samaritano.

Otras veces es un grito fuerte prolongado que nadie puede ignorar. Eso fue el 1º de Mayo: el grito de los trabajadores que pedían cesara la agobiante jornada de trabajo de su tiempo.

No nos extrañe que el que experimenta el dolor en su propia carne no grite como a algunos les gustaría.

El que siente dolor grita a tiempo y a destiempo; en la noche y en el día, ante los que lo escuchan con amor y ante los que se tapan los oídos.

El movimiento obrero es el grito organizado de los pobres. Se ha hecho oír. No siempre fue el grito espontáneo de ellos mismos. No han faltado en esta larga historia quienes utilizaron ese grito con intenciones partidistas.

Pero el movimiento obrero ha logrado introducir en la mente de los hombres de Estado, en las legislaciones y en la conciencia del mundo criterios más justos y equitativos para organizar la convivencia social.

¿Qué expresa hoy día ese grito del mundo trabajador?

Yo creo, con el Papa Paulo VI, que expresa fundamentalmente una doble aspiración.

"Aspiración a la igualdad, aspiración a la participación" (Octog. Adveniens, 22).

Los pobres del mundo han tomado una clara conciencia de su dignidad y de sus propios derechos: "nace en los grupos humanos... una conciencia nueva que los sacude contra la resignación al fatalismo y los impulsa a su liberación y a la responsabilidad de su propia suerte". (Sínodo de los Obispos 1971).

El mundo trabajador aspira a "participar en la edificación y en el goce de un mundo más igual y más fraterno" (Id.).

El mundo trabajador no se contenta con recibir buenas ideas y con la oferta de planes en su favor por muy excelentes que sean. Esto lo sabe apreciar, pero lo que él busca, es "una participación más real y efectiva en la realización de su propio destino. Quiere ser protagonista de la historia" Quiere participar en toda forma tanto en la elaboración como en la ejecución de todo proyecto social que a él le afecta.

Por eso los Obispos del Consejo Episcopal Latinoamericano en su Encuentro de Lima, en marzo del presente año dijeron:

"Nos duele el que muchas veces, el hombre latinoamericano, sea burlado en sus mejores esfuerzos, por la astucia del poder, las estructuras injustas, los intereses de grupos privilegiados, la impaciencia de la gente y por quienes hacen de la lucha de clases una estrategia de la toma del poder."

Este año y el que viene han sido proclamados por el Santo Padre como el Año Santo, llamado así, porque todos los cristianos debemos acentuar en este tiempo el camino del Evangelio que nos pide renovación y rejuvenecimiento espiritual, conversión sincera y cambio de vida y reconciliación con Dios y con los hombres.

Habrà reconciliación si escuchamos el Evangelio que nos manda oír, atender y amar con justicia a cada hermano y tratar a cada hombre como a un hermano.

Creemos firmemente y esperemos confiados que nosotros, colaborando con Cristo Resucitado, vivo y presente en el mundo, tenemos la fuerza espiritual para lograrlo.

# Queridos hijos....

Homilía pronunciada por el Sr. Cardenal  
Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago  
1° de Mayo de 1975



## QUERIDOS HIJOS :

Estas 2 sencillas palabras, tienen hoy día un valor y un peso muy especial.

“Queridos hijos”: Como Obispo soy, debo ser padre para todos, por todos derramó Cristo su Sangre. Pero mi fidelidad a Cristo me exige consagrarme decididamente y de todo corazón, al servicio preferente de los que siempre fueron y son sus predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que viven la inseguridad, la incertidumbre y la angustia; los que no tienen más patrimonio que sus manos para trabajar en la tierra y suplicar hacia el Cielo, y los que tienen hambre y sed de justicia. A Uds. trabajadores, presencia viva de Dios que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza; a Uds. trabajadores, de cuyas manos depende absolutamente vuestra subsistencia y la de vuestros hijos, y en cuyas almas sencillas y abiertas, generosas y solidarias, descansa la principal riqueza de la Iglesia; a Uds. trabajadores, se dirigen en primer lugar estas palabras que hoy día pronuncia el Obispo con particular emoción: “queridos hijos”.

Palabras que el Obispo pronuncia en su Iglesia Catedral: la Iglesia-Madre. Hoy día ella se siente plenamente Madre, y plenamente Iglesia. Toda madre se alegra cuando los hijos llenan y desbordan la casa y a quien pertenece en primer lugar esta Casa. Lo sabemos: es la Casa de Dios; pero es la casa de un Dios que desde un pesebre se ha revelado a los humildes, que desde un taller se ha abrazado con los pobres. Ya se los decía una vez: “La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el Hijo del Carpintero. Así nació y así la queremos ver

siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna que estuvo y está entre los humildes” (1 de Mayo 1971). Y nosotros, no queremos traicionar su origen y falsear su misión.

Pero del Carpintero de Nazareth los suyos se escandalizaron ¡ Es la terrible lección del Evangelio recién leído. Se escandalizaron de El Quien era El para tener derecho a hablar, a enseñar, a urgir? Era sólo un obrero, demasiado pobre, demasiado poco conocido. La sabiduría — así pensaron los suyos— no puede venir de una persona socialmente tan insignificante. A uno con más estudio, con mayor prestigio; a uno que se presentase con ostentación de riqueza y poder, a ese sí lo habrían escuchado, y le habrían abierto las puertas de sus casas. A éste, no. Y Jesús tuvo que irse por la incomprensión de un grupo de hombres de su Pueblo, y de su tierra, por una injusticia y por una violencia, confesando con amargura, que un profeta sólo carece de prestigio, y acogida, en su propia Patria.

¿Cuántos trabajadores, herederos auténticos de Jesús de Nazareth, se habrán hecho en sus vidas, la misma y dolorosa confesión? . Se han sentido rechazados de su tierra, del derecho a trabajar para sustentar a los suyos, despojados del fruto de sus esfuerzos humanos y de los bienes que les pertenecen a ellos tanto como — a los demás, y son marginados con hostilidad porque se les ve— como a Jesús, apenas un trabajador?

Apenas un trabajador ¡Y sin embargo este Jesús trabajador, no vacila en atribuirse la calidad de profeta, es decir, de portavoz de Dios, de signo de su presencia en el mundo.

La Iglesia escucha este Evangelio, y medita, y se interroga a sí misma: ¿Hasta qué punto ha sido Ella la Iglesia de los Pobres?

La respuesta no es fácil. Habría que preguntar a la Historia. Probablemente ella nos hablaría de emocionantes sacrificios, pero también, más de una vez, de silencios y omisiones culpables. Dejemos eso atrás: es tan difícil juzgar el pasado. Hoy día sólo nos importa profundizar la conciencia y reiterar la exigencia de Jesús: "Todo lo que Uds. hagan con el hambriento y con el sediento, con el que no tiene casa ni abrigo, con el enfermo, con el encarcelado, me lo hacen a Mí". A ese Señor la Iglesia quiere ser hoy fiel. Porque la fe sin obras es fe muerta. Porque de El recibe el mandato de amar al Hermano. Porque ningún líder, ningún filósofo, ninguna doctrina o humanismo se ha atrevido a proclamar lo que el Señor nos ha dicho: servir al oprimido es servir a Dios, y según eso será juzgado cada hombre. Debemos encarnar hoy al Cristo Resucitado en el corazón de nuestro Pueblo y asumir sobre los hombros sus angustias y miserias, luchas y esperanzas.

Y en esta oportunidad, queridos hijos, en esta mañana nos encontramos con Cristo. Cristo está presente, y ofrece y consagra en la persona del sacerdote Su Cuerpo y Su Sangre, bajo las especies de pan y de vino para la Redención de su pueblo.

Y es ese Cristo El que los invita a Uds.: "Vengan a Mí, Uds. que gimen agobiados por trabajos y cargas: en Mí encontrarán alivio y descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana". Hay otras cargas que no son livianas, otros yugos que no son suaves: Uds. lo saben y

lo sufren más que otros. También Jesús, también la Iglesia lo sabe, y sufre, y no descansará en su lucha por mitigarlos y finalmente suprimirlos. Pero para eso, precisamente para eso, para acelerar la lucha y asegurar su triunfo, es necesario aceptar la invitación y venir a Jesús. Ningún sistema, ningún ordenamiento social ninguna ideología o movimiento, podrá aligerar nuestra carga y liberarnos de todos los yugos, si no está inspirado y cimentado en el Evangelio de Jesús. Movidos por la caridad de Cristo, e iluminados por la luz del Evangelio —nos dicen los Obispos de todo el mundo— abrigamos la esperanza de que la Iglesia, cumpliendo con mayor fidelidad su tarea evangelizadora, anuncie la salvación integral del hombre, o sea, su plena liberación, y comience ya desde ahora, a realizarla. En efecto ... está obligada a imitar a Cristo, que explicó su Misión con las siguientes palabras: "El espíritu del Señor sobre Mí, porque me ungió para evangelizar a los Pobres ... y poner en libertad a los oprimidos". (Lucas 4, 18 Sínodo de Obispos 1974).

Esta fe en Jesucristo vivo junto a nosotros, y que descubrimos en su Iglesia, se transforma para nosotros en una invitación a reencontrar la alegría y la esperanza del caminante. Aquí, junto al altar, en la comunión fraterna con los otros, el alma obrera supera la tristeza, deja afuera el desaliento, repara la fuerza desgastada, vuelve a crecer, vuelve a querer, vuelve a empezar, sintiendo, como Pablo: "todo lo puedo en Aquel que me conforta", y que la solidaridad, expresada en esta comunión fraternal, "seguirá siendo el arma más eficaz, en esta lucha de los oprimidos por conquistar su lugar en la tierra". La fe en Uds., la fe en Jesús y en la Iglesia,



será la fuerza victoriosa que vence al mundo, rompe las cadenas, quiebra los yugos, mata la injusticia y el odio. La esperanza alegre del caminante, se transforma aquí, en la certeza del combatiente. Aquí está Cristo, el que alienta, él sostiene: "No tengan miedo, yo he vencido al mundo! "

Pero, queridos hijos, la Iglesia no solamente tiene algo que ofrecerles; tiene también algo que pedirles. La Iglesia también los necesita a Uds. y la respuesta a esta petición la encontramos al interrogar al Evangelio que hemos proclamado: el nos habla del Cristo obrero, del Dios trabajador y pobre que, por serlo, es rechazado de su tierra y de su Pueblo. Y entonces dice: así les ocurre a los profetas.

¿Tenemos derecho de aplicarnos a nosotros esta lección evangélica? El trabajador, en cierta manera podemos decir, con razón, que tiene algo de profeta. Sí, ciertamente lo es, porque el profeta es un portavoz de Dios, un hombre generalmente limitado y débil que recibe de El el encargo solemne de anunciar a los hombres, un mensaje, y de ser capaz de cambiar el curso de la historia de su Pueblo.

Digo esto queridos hijos, y pienso en las manos de Uds. Manos de trabajador, manos de Cristo, manos de Dios Creador. La Creación, ese supremo trabajo en que se expresa el poder y la sabiduría de Dios, no está terminada, no está acabada. Dios no quiere acabarla sin el hombre. Admirable misterio: el Dios Omnipotente se asocia con el hombre trabajador, limitado y pequeño, y sus manos son el instrumento del que Dios se vale, con infinito respeto, para poner más vida, más amor, para

humanizar la historia. Nunca, por eso, será suficiente el respeto que tengamos ante la dignidad del trabajo. Nunca será suficiente el respeto que mostremos a las manos de un trabajador. Son manos de Cristo, manos de Dios Creador. Y es éste el primer mensaje que se espera del trabajador como profeta: el anuncio de la dignidad increíble del trabajo humano y, consiguientemente, de la inviolable dignidad del trabajador.

Y este mensaje, ¡Cuántas veces los hombres lo han olvidado! ¡Cuántas veces han pecado al subordinar al hombre a las cosas, a valorizar el instrumento, la materia y la máquina, más que a la persona; a sacrificar seres humanos, a las frías conveniencias del dinero!

¡Cuántas veces se ha tolerado de que se considere al trabajador como una vulgar mercadería, cuyo precio está entregado a las fluctuaciones del mercado! ¡Cuántas veces se ha permitido el escándalo de que la materia inerte emerja de la máquina ennoblecida, mientras que el hombre que puso en ella su germen creador, sale de la fábrica envilecido! Hay que releer sin descanso ese Mensaje de León XIII, hay que reaprender incesantemente esa revelación: la persona del trabajador es lo primero, su dignidad no permite ser violada!

La economía —enseñará constantemente la Iglesia— ha de estar al servicio del hombre. El principio rector, el motor esencial de la vida económica no puede ser el lucro, su ley suprema no puede ser la libre competencia de la oferta y de la demanda.

De este principio decía Pío XI —han manado "como de una fuente envenenada todos los errores de la economía liberal capitalista", y el Papa Paulo VI, al recordar que

es necesario el crecimiento económico para el progreso humano, nos insiste al advertirnos que hay que "recordar una vez más que la economía está al servicio del hombre y que cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticia y de luchas fratricidas... (Populorum Progreso N° 25-26). Y el mismo Sumo Pontífice, ante la Organización Internacional del Trabajo, expresaba al mundo: "que nunca más el trabajo esté contra el trabajador; sino siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre" (OIT 10-6-1969)'

Y a estas alturas, el profeta se convierte en Juez. Si el pobre es nuestro juez y su grito nos condena cuando clama a Dios reclamando sus derechos. Mirad, nos dice el Apóstol Santiago, el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor (Santiago 5,4). Nadie por eso puede excusarse ante la miseria de su hermano, alegando que no tiene culpa, o que ni el contrato ni la Ley le obligan a hacer algo para remediarla. No importa quien tenga la culpa; pero sí importa la justicia e importa el amor. Y la justicia y el amor claman por los derechos del pobre. Los derechos del que no tiene con qué comprar lo necesario para su subsistencia, y que en una situación de extrema necesidad tiene derecho a poseer los bienes superfluos de los que todo tienen.

Será necesario insistir una vez más, que el amor al dinero es una trampa mortal, la raíz de todos los males y una forma de esclavitud que impide servir y adorar al único

Dios verdadero. Quien haya recibido bienes del Señor debe considerarse a sí mismo, no dueño, sino que administrador. Lo que tú des al pobre, lo decía San Ambrosio, y lo recordaba Paulo VI, no es parte de tus bienes, le pertenece a él. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias.

La tierra ha sido dada para todo el mundo, y no solamente para los ricos. (P. Prog. 23), y San Basilio nos advierte con enorme dureza: "Tu granero, es el vientre de los pobres".

Por eso nuestra voz esta mañana desea llegar también a aquellos creyentes que cumplen un rol empresarial, para que, urgidos por la justicia y el amor que deben a sus hermanos, desarrollen al máximo su generosidad e imaginación y comprendan el deber que tienen de realizar una verdadera reforma de la Empresa. Los Obispos Latinoamericanos decíamos: "El sistema empresarial latinoamericano, y por él, la economía actual, responden a una concepción errónea sobre el derecho de propiedad de los medios de producción, y sobre la finalidad misma de la economía. La empresa en una economía verdaderamente humana, no se identifica con los dueños del capital, porque es fundamentalmente comunidad de personas y unidad de trabajo, que necesita de capitales para la producción de bienes. Una persona o grupo de personas, no pueden ser propiedad de un individuo, de una sociedad o de un Estado". (Medellín, Justicia, N° 10).

Queridos hijos:

Estamos llegando al fin de esta lectura. Lectura de un

mensaje de Dios que se nos revela en Uds. Manos que revelan la dignidad del Creador, almas de pobres que proclaman la Ley Suprema de la Justicia, del Amor y de la Esperanza. Hemos leído con asombro y respeto, con dolorida tristeza, con apasionado afecto. Es que el Obispo es Padre, y la Iglesia es Madre, y a los hijos que Ella más necesita, y que la necesidad más los quiera de modo preferente. Permítanme concluir por eso, con un llamado a todos los que forman este Cuerpo que es la Iglesia, y se mantiene en comunión con su legítimo Pastor: vigoricemos la Pastoral Obrera en nuestra Arquidiócesis de Santiago, que nuestros movimientos de la Acción Católica Obrera —JOC — MOAC— encarnen verdaderamente y con eficacia en la trama de la vida obrera, y a partir de su vida, la luz del Evangelio y la Persona de Cristo, el Señor.

Y finalmente, queridos hijos, para vuestro Obispo, para vuestro Pastor, os pido una oración especial: que siempre sea fiel a su Señor. Que, con humildad y sin temor alguno sea siempre su Voz, su Pensamiento, su Corazón Amante. Que la Iglesia que conduce sea lugar de encuentro, de comunión de y libertad para todos, y que cualquiera que sean las dificultades, tenga la fortaleza para anunciar siempre y en todo momento, la Buena Nueva a los Pobres y la Liberación a los Oprimidos.

Que María, la mujer pobre y fuerte, sencilla y sufriente, la Esposa del Carpintero nos dé la gracia de obtener ésto de su hijo.

# Jesús el hijo del carpintero

Homilía pronunciada por el Sr. Cardenal  
Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago  
1° de Mayo de 1976



Celebramos una vez más la fiesta de San José: el humilde artesano en quien Dios supo confiar hasta entregarle lo más querido: su propio Hijo. El carpintero de Nazareth, escogido por Dios para sostener la Sagrada Familia con el trabajo de sus manos y con la obediencia de su fe.

Muchos se escandalizaron de que un profeta fuera solamente eso: hijo de un carpintero. La sabiduría del mundo siempre tiende a pensar que Dios deposita su confianza y llama a participar en su obra de creación y gobierno del Universo solamente a los de noble linaje, muchas letras o imponente fortuna. Pero es un hecho histórico que la responsabilidad de fundar, mantener y proteger la Familia, de la que saldría el Salvador del mundo, fue confiada por Dios a un carpintero de Nazareth. Y la fiesta de hoy testimonia que Dios no se equivocó, ni quedó defraudado al encomendar a un artesano tamaña responsabilidad.

Esta fiesta testimonia, también, que la Iglesia no se olvida de su cuna. El hijo del carpintero participó largos años del trabajo y fatiga de quien era su padre a los ojos de los hombres. Más tarde, cuando ya era el Maestro, manifestaría por eso una espontánea predilección hacia quienes mojan con su sudor —y a veces con sus lágrimas— el escaso pan de cada día.

### **PRESENCIA IRRENUNCIABLE DE LA IGLESIA EN LA LIBERACION DE LOS TRABAJADORES**

Ni el trabajo ni el trabajador le son extraños a la Iglesia. Están en el centro mismo de su corazón. Ella

sabe el lento y doloroso camino que millones de trabajadores han venido recorriendo en busca de su dignidad. Y en ese itinerario, sembrado de tantos obstáculos, enrojecido a veces por víctimas cruelmente inmoladas —como lo recordamos, cada Primero de Mayo— en ese itinerario de progresiva liberación ha estado presente la Iglesia: señalizando, iluminando el camino, alimentando la esperanza, urgiendo amor y justicia.

Lo ha hecho siempre. Y tendrá que hacerlo siempre. Es parte de su tradición y parte de su misión, irrenunciables las dos. Hace 85 años esa tradición, que arranca de la Iglesia apostólica, tomó cuerpo doctrinal en la Encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII. Fue un grito, una apasionada defensa del más precioso patrimonio de la Iglesia: la dignidad inviolable del hombre, redimido por la sangre de Cristo. La dignidad, también y sobre todo, de la persona y derechos del trabajador, siempre más expuesta a ser profanada.

Desde esa fecha se han venido multiplicando, sin pausa ni concesión alguna a una falsa prudencia, sin complicidad con ningún poder de este mundo, las enseñanzas normativas de los Papas y del Episcopado Católico en materia social. Ellas han denunciado la voracidad insaciable del liberalismo económico y la servidumbre deshumanizante del comunismo ateo, coincidentes ambos en reducir al trabajador a un simple valor de medio o instrumento, puesto al servicio de fines económicos o políticos distintos de su misma persona.

Han denunciado, como escandalosa, la coexistencia del lujo y la miseria, del poder sin límites de anónimas

minorías y la marginación de grandes mayorías; los abusos del poder político y económico, los atropellos —múltiples y sutiles— al derecho a la vida, a comer, a creer, a saber, a decir.

No ha sido en vano, podemos hoy constatarlo. Lentamente la conciencia de la Humanidad se ha ido impregnando de este aliento que brota desde el Evangelio, anunciado por boca de la Iglesia. Pero hay que exhortar, y urgir, y predicar con ocasión o sin ella, porque el corazón del hombre no se abre espontáneamente al amor. La Iglesia ha recibido muchas veces el rechazo, la incomprensión y el escándalo de quienes pretendían beneficiarse con las situaciones denunciadas. ¡Cuántas veces se ha querido hacerla callar, o reducir el alcance de su voz a los límites del Templo, o descalificarla como intrusa en materias que escaparían a su competencia!

¡Cuántas veces se la ha acusado de estar sirviendo o haber sucumbido al marxismo, sólo por salir en defensa del derecho de los desvalidos, por hacer suya la preferencia de Cristo por los pobres, por creer y proclamar que todos los hombres tienen el mismo derecho a vivir humanamente! ¿Qué inexplicable ceguera es la que no permite ver que así, tachando de marxista a todo aquel que lucha por el pobre, se arroja en brazos del marxismo a la gran masa de los desposeídos y desesperados?

## LA IGLESIA NO PUEDE CALLAR

Pero es inútil: la Iglesia no puede callar. Sería como traicionarse a sí misma. Sería, también, dejar al hombre,

a la Humanidad, sin su conciencia. Y sin la voz de la conciencia el hombre se pierde, ya no es capaz de distinguir entre el bien y el mal.

Pero cuando la Iglesia aplica las exigencias del Evangelio o de la ley natural a la vida concreta, personal y social, nacional e internacional; cuando denuncia e invita a combatir situaciones muy concretas de injusticia; cuando anuncia, y da testimonio de la liberación a millones de hombres condenados a quedar al margen de la vida, y ayuda a que esa liberación nazca y sea verdadera, total, ella no invade un terreno extraño: está cumpliendo con su tarea primordial, evangelizar. "No se puede aceptar —nos decía recientemente el Santo Padre— que la evangelización olvide las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad" (Discurso de apertura a la 3ª Asamblea General del Sínodo de Obispos, 27/IX/74). (Citado en "Evangelii Nuntiandi", n. 31).

Éstas consideraciones generales reclaman una adecuada encarnación en el hoy de nuestro Chile.

Vivimos una etapa muy decisiva de nuestra historia. Muchas de nuestras formas de vida institucional aparecen cuestionadas o en proceso de transformación. En la medida en que dichas transformaciones se prueben indispensables para nuestro desarrollo y favorezcan nuestra unidad, ningún chileno querría o podría marginarse de ese proceso.

Tenemos, sin embargo, el derecho de preguntarnos si

todos los medios propuestos nos conducen realmente hacia ese fin, y en qué medida ellos respetan valores y derechos que no admiten ser sacrificados.

### **El derecho a comer**

Los Obispos de Chile, en nuestro Documento "Evangelio y Paz", recordamos algunos de esos derechos y expresamos nuestra preocupación por su plena vigencia. "El hombre tiene derecho a comer —decíamos—. Dios hizo las cosas de este mundo —y en primer lugar los alimentos— para todos los hombres. Comer es un derecho, como respirar o dormir. Sabemos las complejidades de los problemas económicos. Sabemos los esfuerzos que se hacen para salir adelante. Pero no podemos dejar de insistir en la extrema gravedad que significa, a la luz del Evangelio, el que por despido, por cesantía, o por el aumento del costo de la vida, por causas internacionales o por las causas que sean, haya hogares en que ya no se cocina, haya niños pidiendo pan, haya alumnos que no pueden estudiar porque no comen lo suficiente para concentrar su atención" (II parte, n. 6).

Las cifras actuales de desocupación, aunque alarmantes, no permiten vislumbrar siquiera el drama angustiante que diariamente viven miles de hogares chilenos. Aún para los que tienen la suerte de contar con un empleo es humillante resignarse con salarios que no alcanzan a cubrir sus necesidades más elementales.

"El amor —hemos dicho alguna vez, en este mismo Templo-Catedral—, el amor apremia: hay una urgencia de amar... El amor es servicio al hombre, y el hombre pasa por la Tierra sólo una vez. Por eso es que el amor apremia: un ser humano no puede ser sacrificado a un

mañana o un tal vez. Tampoco —y muchos menos— una generación. Nuestro compromiso de amor y justicia es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas, sí; pero idémonos prisa! No podemos permitir que una generación, o un sector de nuestro pueblo, sienta transcurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir humanamente" (Homilía del 18 de septiembre de 1975).

### **HAY QUE OIR LA VOZ DE LOS QUE SUFREN LAS CONSECUENCIAS**

Profesamos un profundo respeto a la economía, como ciencia, y a quienes la cultivan con honesto ánimo de contribuir a la reconstrucción nacional; pero debemos recordar que "la economía está sometida al hombre y a su servicio. Y la única manera de evitar las terribles miserias sociales... es oír la voz de quienes las sufren. Hay muchas maneras de resolver los problemas económicos. Pero ninguna es buena si no toma en cuenta, si no invita a participar a todos los que habrán de poner el esfuerzo y sufrir las consecuencias" (Ev. y Paz, III parte, B. 4).

### **El derecho a participar**

Acabamos de mencionar un segundo valor, un segundo derecho arraigado en la naturaleza misma del hombre y que en la época actual ya no puede ser desconocido: el derecho a participar. "Una mayor participación en las responsabilidades y en las decisiones —ha dicho Paulo VI— es una exigencia actual del hombre. Un orden económico que produjera mucha riqueza y la distribuyera equánimamente sería todavía injusto si pusiera en

peligro la dignidad humana del trabajador, o debilitara su sentido de responsabilidad, o le impidiera la libre expresión de su iniciativa propia, enseña Juan XXIII (Mater et Magistra, 82-83). Uno de los signos del tiempo actual —dirá el mismo Papa— es el reclamo de los trabajadores de todo el mundo de que no se les considere nunca simples objetos carentes de razón y libertad, sometidos al uso arbitrario de los demás, sino como hombres en todos los sectores de la sociedad en el orden económico y social, en el político y cultural” (Pacem in Terris, 40). Igualdad y participación —precisará Paulo VI— son, las dos, formas de la dignidad del hombre y de su libertad. Y para el porvenir de una sociedad importan no sólo la calidad y variedad de los bienes producidos y consumidos, sino también la forma y la verdad de las relaciones humanas, el grado de participación y de responsabilidad” (Octogésima Adveniens, 22).

Se trata, como se ve, de que los hombres —y particularmente los trabajadores— puedan asumir su rol de sujetos, y no objetos de la historia. Que puedan elegir y decidir su destino, en lugar de recibirlo pasiva y silenciosamente de otros; aportar su experiencia y ejercer su responsabilidad, como lo exige su naturaleza de personas libres y el desarrollo económico, social y político de la época contemporánea (Mater et Magistra, 92 y 93).

Todo esto vale particularmente cuando se pretende fundar un orden socioeconómico, político y cultural nuevo, de inspiración nacionalista y cristiana. Su elaboración y orientación requieren el aporte de todos los

ciudadanos, y en forma especial, de quienes “cargan con la mayor cuota de los sufrimientos” (Ev. y Paz, III, B, 4). Es su deber. Y consecuentemente tienen el derecho de que se les proporcionen o reconozcan los medios para cumplirlo. Es, también, condición indispensable para toda auténtica reconciliación: “La reconciliación en la sociedad y los derechos de la persona exigen que los individuos tengan una influencia real en la determinación de sus propios destinos. Tienen derecho a participar en el proceso político, con libertad y responsabilidad” (Mensaje del Santo Padre y de los Obispos del Sínodo, octubre 1974).

#### **El derecho a asociarse y hacer escuchar libremente su voz**

Este derecho y deber están íntimamente relacionados con otro, que ha sido siempre un pilar fundamental en la doctrina de la Iglesia: el derecho de los trabajadores a asociarse y hacer escuchar libremente su voz.

El Concilio Vaticano II ha reafirmado expresamente este derecho, urgido antes y después en innumerables textos pontificios. “Entre los derechos fundamentales de la persona —dice— debe contarse el derecho de los trabajadores a fundar libremente asociaciones que los representen auténticamente; así como también el derecho de participar libremente en las actividades de las asociaciones, sin riesgo de represalias... En caso de conflictos económico-sociales hay que esforzarse por encontrarles soluciones pacíficas. Aunque se ha de recurrir siempre primero a un sincero diálogo entre las partes, sin embargo, en la situación presente la huelga puede seguir siendo un medio necesario, aunque extremo, para la



defensa de los derechos y el logro de las aspiraciones justas de los trabajadores" (Gaudium et Spes, n. 68).

Sólo la absoluta necesidad de cautelar valores más elevados en aras del bien común podría justificar —y ello por vía de excepción y durante corto tiempo— la suspensión del ejercicio de estos derechos.

Las asociaciones sindicales chilenas, con su defensa permanente de la dignidad y derechos del trabajador, han contribuido en forma decisiva a elaborar una legislación social en muchos aspectos pionera y ejemplar. Es cierto que, en más de una ocasión, la naturaleza de los sindicatos se vio oscurecida por divisiones mezquinas, oportunismos y abusos. Muchas veces la demagogia de grupos políticos desvirtuó su misión fundamental de velar por los auténticos intereses del trabajador. Pero la comisión —prácticamente inevitable— de tales errores no puede utilizarse como argumento para negar ese derecho o retardar indefinidamente su plena reivindicación. Los trabajadores chilenos que dependen de un salario tienen por lo menos tanta madurez, sentido de responsabilidad, realismo y patriotismo como aquellos otros, los empresarios, que disponiendo de capital, créditos y diversas franquicias, encuentran además amplia tribuna en los medios de comunicación, son consultados y expresan libremente sus críticas a las medidas y procesos que los afectan.

### **LOS TRABAJADORES CHILENOS QUIEREN LA UNIDAD Y LA RECONCILIACION**

Una aspiración íntimamente compartida por los chilenos es la unidad nacional, superados los antagonis-

mos y conflictos de clase. La Iglesia reconoce en ella un ideal que le es muy familiar y querido: ella misma se define como signo e instrumento de unidad (Constitución Lumen Gentium, Concilio Vaticano II). Por eso no se cansa de llamar a la reconciliación y al destierro de la violencia en todas sus formas. Por eso se empeña en "dar a los cristianos liberadores una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que deben atender y poner como base de su acción y compromiso" (Paulo VI, Ev. Nuntiandi, 38). Hoy, en esta fiesta de solidaridad del mundo del trabajo, queremos repetir y urgir este llamado. Nuestro pueblo ha demostrado que guarda intacto su patrimonio moral. Son admirables los gestos de amor —de ese amor, de esa caridad de Cristo que invita a llevar unos las cargas de los otros—, son innumerables las iniciativas de solidaridad que se han venido manifestando en nuestra patria: hacia los pobres, los cesantes, los niños mal nutridos, los ancianos. Amor solidario, generoso, silencioso, que brota de todos los sectores de nuestro pueblo y se hace conmovedor, edificante, elocuente predicación de Cristo sin palabras, en el ejemplo diario de tantas poblaciones y barrios modestos, los más golpeados por la estrechez, los más ricos en tesoros de generosidad.

Este mundo del trabajo quiere la unidad, vive la reconciliación y está llamado a jugar en ella un papel intransferible. No sólo contiene a la mayoría de nuestro pueblo; encarna, también valores que le son propios y de los cuales toda la comunidad nacional tiene el derecho de beneficiarse. Chile debe volver a ser país de hermanos, y el único camino para la fraternidad es el diálogo. El mundo del trabajo tiene el derecho y deber de estar

presente, como interlocutor, en este diálogo que permita madurar un gran consenso nacional.

### **LAS ORGANIZACIONES DE LOS TRABAJADORES MERECE CONFIANZA**

Sus organizaciones y asociaciones propias —único medio de hacer oír auténticamente la voz de los trabajadores— merecen confianza. Su aporte debe ser estimulado, sus eventuales críticas acogidas con espíritu abierto, su derecho a disentir respetado teóricamente y, prácticamente, su patriotismo medido en su sinceridad y en su voluntad de aceptar sacrificios después de haber sido escuchados. Nada tiene Chile que temer, y sí mucho que esperar, de esta confianza puesta en el mundo del trabajo. El hijo del carpintero se siente responsable de mantener esta familia santa que es nuestra Patria, mediante el trabajo de sus manos y el dinamismo de su fe”.

Nos parece oportuno, por eso, en una celebración como la actual, reactualizar y urgir el mensaje del Papa y de los Obispos del Sínodo, dirigido a todos los pueblos en 1974, en el espíritu de reconciliación del Año Santo: “La reconciliación tiene su raíz en la justicia. Desigualdades masivas de poder y riquezas en el mundo, y a menudo dentro de las naciones, son un grave obstáculo para la reconciliación... La reconciliación en la sociedad, y los derechos de la persona exigen que los individuos tengan una influencia real en la determinación de sus propios destinos. Tienen derecho a participar en el proceso político, con libertad y responsabilidad. Tienen derecho al libre acceso a la información, a la libertad de

palabra y de prensa, e igualmente a la libertad de disentir... Deben tener, todos, la garantía de la protección jurídica de sus derechos personales, sociales, culturales y políticos”.

### **LA IGLESIA HABLA PARA CONSTRUIR LA JUSTICIA Y EL AMOR**

Queridos hijos:

Estas palabras nuestras no reconocen otra fuente que la constante doctrina de la Iglesia, ni otra inspiración que el amor de Cristo que nos urge. La Iglesia habla porque es propio de la conciencia el hablar. La Iglesia tiene el pensamiento de Cristo. La Iglesia tiene los sentimientos de Cristo. La Iglesia habla lo que Cristo le ha enseñado. La Iglesia enseña asistida por el Espíritu de Cristo. Así quisiera ser escuchada: como voz del Señor que no busca ser servido, sino servir. Portadora de una Palabra que, como Cristo, no destruye ni aplasta nada que sea auténticamente humano, no ambiciona reinos terrenos, no tiene otra pasión que la unidad, otro interés que la verdad, otra meta ni otro método que la caridad.

La Iglesia habla apremiada por el amor, porque quiere llegar a todos los chilenos, identificarse con su pueblo, cargar con los sufrimientos y angustias de los trabajadores, hacer suya su esperanza y solidaridad. La Iglesia habla no sólo para desarmar la violencia y el odio, sino que al mismo tiempo para construir la justicia y el amor.

Con ese espíritu de angustiado amor por nuestro pueblo levantamos, hace años, nuestra voz. Suplicamos entonces que no se ahondaran más las trágicas divisiones entre los chilenos; que se alejara el espectro de una guerra fratricida.

Hoy, nuevamente, suplicamos. A todos los hombres de nuestra Patria. A cuantos aman a Chile y quieren sinceramente construir su mejor destino. Les pedimos construirlo sobre el fundamento que es Cristo; sobre la concepción cristiana del hombre y de la sociedad, expresada en la Escritura y en la Tradición, que la Iglesia custodia e interpreta; formulada en la enseñanza social de las Encíclicas, en la palabra del Concilio Vaticano II, en las exhortaciones del Santo Padre y en las orientaciones de los Obispos. Allí, en la Iglesia, está Cristo; y Cristo es el camino, la verdad y la vida. También para construir la Patria.

Permanezcamos fieles a la Iglesia. Ella es el mejor garante de nuestra unidad. Permanezcamos fieles a la fe que ella nos comunica, por su anuncio del Evangelio y por sus sacramentos. Permanezcan Uds., queridos trabajadores, fieles a ese mundo en que han nacido y que la Providencia de Dios les ha confiado en misión: el mundo del esfuerzo y de la incertidumbre, el mundo de los pobres y esperanzados, de los hambrientos y sedientos de justicia; el mundo del pan escaso que se multiplica al compartirse, el mundo de las cargas que se llevan juntos, el mundo en que se vive de la fe, el mundo del hijo del carpintero.

Nuestra súplica y nuestro afecto llegan también hoy hasta quienes están en condiciones de ofrecer trabajo a otros y cuentan con bienes suficientes para vivir sin angustiosos apremios. Particularmente a quienes poseen o administran empresas, quisiéramos recordarles, como lo ha hecho recientemente el Santo Padre, que aunque vivan en la actualidad una coyuntura difícil, deben

ejercitar su función "con espíritu de confianza religiosa en la Providencia, y de servicio a hombres libres y responsables". El instinto de apropiación —agregaba el Papa— como todos los instintos, debe ser disciplinado, humanizado, integrado en finalidades superiores del desarrollo personal y social. "Debemos someter y coordinar el crecimiento económico a las exigencias del progreso auténtico del hombre y de la solidaridad social... Necesitamos innovaciones arriesgadas y creadoras". (Discurso al Centro Cristiano Francés de Empresarios, 31/III/1976). Un auténtico empresario sabe acoger este desafío y extremar su celo para asegurar lo mejor posible el empleo fijo, condiciones de trabajo más humanas y un salario que permita realmente satisfacer las necesidades vitales.

Y a todos, cualquiera sea su condición social y económica, les pedimos tener presente esta profunda afirmación de Paulo VI: el verdadero amor siempre sabe descubrir a otro más pobre que uno.

Y ahora, queridos hijos, continuemos nuestra celebración orando: orando con la Iglesia y por la Iglesia: para que ella —como lo han propuesto los Obispos de Chile para 1976— "animada por el Espíritu Santo, en torno a Jesucristo y a sus Pastores, independiente de todo poder terreno, respetuosa de la dignidad de cada hombre, solidaria especialmente con los pobres que sufren, afirme la verdad, sirva la justicia y alimente la esperanza, viviendo el Evangelio y anunciándolo a todos los hombres". Así sea.

# Dignidad y unidad

Homilía pronunciada por el Sr. Cardenal  
Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago  
1° de Mayo de 1977



## UNA TRADICION Y UNA MISION DE IGLESIA

Queridos hijos:

Fieles a la tradición y misión de la Iglesia, estamos otra vez congregados para celebrar la Eucaristía y proclamar en ella la buena nueva, el Evangelio de la dignidad del trabajo y de la unidad de los trabajadores.

Es una tradición de la Iglesia. El Papa Pío XII estableció, hace hoy 22 años, la fiesta de San José Obrero, para ser celebrada el 1° de Mayo: día de recordación, día de esperanza, día de solidaria decisión para todos los trabajadores del mundo.

Pero la tradición de la Iglesia viene de mucho más atrás. San José fue un obrero. Y Jesús, el Hijo de Dios, fundador y cabeza de la Iglesia, fue —como su padre legal— un obrero: el hijo del carpintero.

Los primeros apóstoles que El se escogió eran, en su casi totalidad, pescadores. Pablo, llamado por Cristo a evangelizar el mundo pagano, fundador de tantas iglesias, vivió siempre del trabajo de sus manos. Y es un hecho que el llamado del Señor a convertirse de corazón y vivir las bienaventuranzas encontró eco preferente e inmediato en los campesinos y trabajadores: ellos reconocían sin dificultad a Jesús como uno de los suyos, que hablaba su lenguaje, interpretaba sus anhelos y compartía su carga.

La Iglesia no se olvida de su cuna. Al contrario, Ella ha desarrollado un cariño especial, una ternura privilegiada para con aquellos hombres que en el curso de la historia han sufrido y sufren las mismas vicisitudes de José y de

Jesús. Cómo será, que a veces — ¡tantas veces! — se lo reprochan. Le reprochan a la Iglesia — queridos hijos — el que se ocupe, con especial cariño y privilegiado respeto, de aquellos que, como José, como Jesús, dependen del trabajo de sus manos, y conocen la incertidumbre y aún la indefensión humana. ¡Bendito reproche!

Esta tradición le impone a la Iglesia una misión: la de anunciar la buena nueva de que el trabajo — todo trabajo honesto — es un mandato y un don de Dios, por el que el hombre participa en la dignidad de Dios Creador; y la de servir como signo e instrumento de unidad: unidad de los trabajadores entre sí, unidad de los trabajadores con el resto del cuerpo social; unidad de los trabajadores con Dios, supremo fundamento de toda unidad. Por eso celebramos esta fiesta del Trabajo en el marco de la Eucaristía: el gran signo de instrumento de la unidad.

## EL DERECHO A COLABORAR CON DIOS

¿Qué es el trabajo, queridos hijos? ¿Qué piensa, qué nos ha revelado Dios sobre el sentido, la importancia y los caracteres que debe tener el trabajo humano?

Acabamos de escucharlo, está en la primera página del Libro Santo: dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza: que crezca, y se multiplique, para que llene la tierra y la someta, para que domine sobre todas las demás creaturas, para que cultive el gran jardín del universo (Cfr. Génesis 1, 26-2,3).

El hombre ha recibido mandato de trabajar, de ser señor sobre la creación. Un mandato que es anterior al pecado. Trabajar no es una maldición, una pena aflictiva en

castigo al pecado. Trabajar es, para el hombre, una vocación que le nace por ser imagen y semejanza de Dios. Y Dios trabaja. Trabaja siempre, creando y manteniendo y conduciendo sin cesar su obra, el universo.

Por eso tiene el hombre **deber** de trabajar; y por eso tiene el hombre **derecho** a trabajar. El que no quiera trabajar que no coma, ha dicho San Pablo. Pero el que, queriendo, no puede trabajar se ve impedido de realizar su vocación, de ser él mismo providencia para sí mismo y para quienes dependen de él. Un hombre impedido de trabajar por motivos ajenos a él representa un tramo de la Creación que queda inconcluso, un plan de Dios frustrado, un colaborador de Dios que no puede colaborar. ¿Cómo va a serle indiferente, a Dios, que un hombre, un colaborador suyo no pueda trabajar? ¿Cómo no va a ser amarga la frustración de quien se siente llamado a enseñorearse sobre la tierra y estampar en ella el sello de su inteligencia y su voluntad creadora, y se ve en cambio condenado a languidecer pasivamente, más como objeto que como sujeto artífice de su propio destino? ¿Cómo no ha de ser preocupación prioritaria, de todos los que se sienten cercanos a Dios y al hombre, la de extremar la imaginación social (Cfr. Octogésima Adveniens, 19) y consagrar los mejores recursos a satisfacer este derecho primordial de cada hombre a vivir de su trabajo, y en su trabajo realizarse como colaborador de Dios?

No hay ninguna planificación o política económica, por mucho que invocara razones de infalibilidad científica, que pudiera dispensarse de atender, a largo y a corto plazo, esta necesidad, este derecho, esta vocación

primordial del hombre. Y es parte esencial del Evangelio de la Iglesia el anunciar y recordar que la economía, con todas sus leyes, recursos e instrumentos, está al servicio del hombre (Cfr. *Populorum Progressio*, 26; *Gaudium et Spes*, 67):

### **TODO TRABAJADOR, UN CREADOR**

El derecho del hombre a trabajar no puede, sin embargo —queridos hijos— ser ejercido de cualquier manera. No basta que el hombre trabaje: es preciso que trabaje **humanamente**, es decir: **como imagen y semejanza de Dios**.

Todo hombre —cristiano o no cristiano— lleva en sí el sello indeleble de Dios Creador. Todo hombre es persona: inteligente, libre, señor de sus actos. Todo hombre está llamado, por su misma naturaleza, a aplicar su pensamiento, su experiencia, su creatividad, su libertad al proceso de producción de un bien o servicio; de tal suerte que al contemplarlo pueda reconocerlo como suyo, marcado por el sello de su ingenio, de su espíritu de invención, de su aporte original. Todo hombre es un trabajador, y todo trabajador es un creador (Cfr. *Populorum Progressio*, 27)

Es así, queridos hijos, como la misma naturaleza y vocación humana fundamenta el **derecho y deber de participación**. Participar, asumir la responsabilidad de lo que uno hace en su trabajo; perfeccionarse uno mismo como hombre —inteligente y libre— en el proceso productor, es inequívocamente un signo de los tiempos, porque es una consecuencia necesaria de la dignidad de ser hombre.

El Papa Juan, en una Encíclica memorable, definió certeramente el valor de la participación del trabajador en la actividad productiva. Supongamos —es su pensamiento— que un orden económico permite producir mucha riqueza, e incluso distribuirla con justicia y equidad. Pues bien —afirma el Papa— si tales resultados se obtienen poniendo en peligro la dignidad humana del trabajador, o debilitando su sentido de responsabilidad, o impidiéndole la libre expresión de su iniciativa propia, habría que condenar ese orden económico como injusto (Cfr. *Mater et Magistra*, 82-83).

Pero el derecho y deber de participar no se restringe al ámbito de una empresa productiva. Hay otros niveles, otras instancias superiores, donde se toman las decisiones económicas, sociales y políticas que afectan el presente y futuro de los trabajadores y de sus hijos. Es preciso que también en esos niveles, o instancias, puedan los trabajadores participar por sí, o a través de representantes libremente elegidos, en la elaboración de planes, políticas y decisiones en que ellos, los trabajadores, serán cuantitativa y cualitativamente los más afectados (Cfr. *Gaudium et Spes*, 68).

Toda la cultura moderna, queridos hijos, toda la moderna ciencia política, social y económica tiende, no a frenar, sino a difundir y ampliar cada vez más la participación de todos en las deliberaciones, en las decisiones y en su puesta en práctica. El Papa Paulo Sexto escribía, seis años atrás, que a una tecnocracia creciente —es decir, a un sistema de gobernar que reserva las decisiones a un pequeño grupo escogido, escudándose en su carácter de técnicos, detentores exclusivos de la

ciencia y experiencia requeridas— a una tecnocracia hay que hacerle frente, inventando formas de una democracia moderna, dando a cada hombre la posibilidad, no sólo de informarse y de expresar su opinión, sino también de comprometerse en una responsabilidad común. Entonces un grupo de hombres deja de ser masa, inerte y pasiva, y se transforma poco a poco en comunidad humana de participación y de vida. Entonces la libertad deja de ser el derecho irrestricto a imponerse sobre los demás, y se convierte en compromiso y solidaridad con un destino común, fruto de las aspiraciones y de la contribución de todos (Cfr. *Octogésima Adveniens*, 47).

## LOS FALSOS DOGMAS DEL PASADO

¡Una democracia moderna! ¡Una sociedad moderna, basada en la participación, constructora de solidaridades activas y vividas! ¿Es eso posible? ¿O son meras utopías? ¿O inútiles nostalgias de un pasado que tal vez existió pero nunca volverá? ¿Será verdad que el hombre sólo se mueve eficazmente por ambición de tener más, siempre más, y que todo el dinamismo de la economía debe orientarse y regularse por esa ley de libre rivalidad, que termina fatalmente haciendo del hombre un lobo para el hombre?

Hubo un tiempo en que los hombres, algunos hombres, creyeron en ese falso dogma de la ciencia económica. Decían que la economía tenía sus propias leyes, y que esas leyes de la economía no tenían nada que ver con las leyes de la moral. La rivalidad —afirmaban— libre e ilimitada, debía ser la única ley suprema reguladora de

las relaciones económicas. Los intereses del capital, los precios de las mercaderías y servicios, los beneficios y los salarios debían determinarse de un modo necesario y casi mecánico, por virtud exclusiva de las leyes del mercado. Y el poder público debía abstenerse de cualquier intervención en el campo económico. Consecuentemente las organizaciones de los trabajadores, o bien estaban prohibidas, o bien a lo sumo toleradas, o bien reconocidas simplemente como entidades de derecho privado. Era la legitimación del imperio del más fuerte (Cfr. Mater et Magistra, 11-12).

Conocemos bien los resultados de este supuesto dogma económico: "La mayoría se debate indecorosamente en una situación miserable y calamitosa. Los antiguos gremios de artesanos están disueltos, sin que ningún apoyo haya venido a llenar su vacío. Los obreros están entregados —aislados e indefensos— a la inhumanidad de los empresarios y desenfrenada codicia de los competidores. La voraz usura, reiteradamente condenada por la iglesia, vuelve a practicarse bajo apariencias distintas, por hombres codiciosos y avaros": así, con esas palabras describía el Papa León XIII hace casi un siglo, los resultados históricos del falso y funesto dogma del liberalismo económico (Cfr. Rerum Novarum, 1). ¿Quién podría sentir nostalgia de un pasado así?

Fue ese pasado, queridos hijos, el que preparó las condiciones para que tantas masas obreras, reducidas a la miseria económica, religiosa y moral, se sintieran tentadas a acoger, sin mayor discernimiento, el mensaje de redención supuestamente contenido en el marxismo. Con razón ha dicho Pío XI que el liberalismo es el padre

del socialismo; y su heredero, es el bolchevismo (Cfr. Quadragesimo Anno, 122; Divini Redemptoris, 16). También conocemos los resultados históricos de este nuevo dogma que, al igual que el anterior, pretende ser científico e inapelable. Que, al igual que el anterior, mutila al hombre de su dignidad, lo convierte simplemente en productor, le arrebató toda posibilidad de iniciativa y de elección, y le propone el conflicto como condición de supervivencia social (Cfr. Octogésima Adveniens, 33-34; Evangelio Política y Socialismos, 44-53; Evangelio y Paz III, 7-11).

De ese pasado tampoco tenemos nostalgia. Ese pasado y el anterior tienen muchas, demasiadas cosas en común. En uno y en otro el trabajador ha sido mirado con desconfianza, se le ha negado la posibilidad de auténtica y real participación. Uno y otro sistema se han revelado incapaces de generar una verdadera paz social. Cualquier intento de repetir esos modelos sería aferrarse a formas obsoletas e históricamente fracasadas.

## **DERECHOS DEL TRABAJADOR Y SEGURIDAD NACIONAL**

† Pero nosotros —la Iglesia—; ustedes —queridos hijos trabajadores— que sienten a la Iglesia cercana y suya, como sienten cercano y suyo a José, el obrero; a Jesús, el hijo del carpintero; nosotros queremos algo realmente nuevo. Nosotros queremos un modo de convivencia nacional, basado en la justicia, el amor y la libertad. Nosotros queremos paz. Y estamos convencidos de que en la construcción de ese nuevo orden social, el aporte de los trabajadores es, no solamente indispensable, sino



cuantitativa y cualitativamente decisivo. Decimos más. Nosotros creemos que ese gran valor, que es la Seguridad Nacional, nunca está mejor garantido que cuando el pueblo trabajador ve y siente reconocidos sus derechos. Las más rigurosas medidas de ordenamiento y seguridad resultan, a la larga, ineficaces y aún contraproducentes, si no van acompañadas de un progresivo incorporar, a la clase trabajadora, en el papel protagónico que es un derecho y obligación desempeñar. Defender y promover la participación de los trabajadores en la gestación de la convivencia social es defender la Seguridad Nacional, es defender a Chile.

### PRINCIPALES ARTIFICES DE LA PATRIA

Hace 86 años el Papa León XIII podía afirmar, en una Carta Encíclica, que la eficiencia, las habilidades, la destreza de los trabajadores llegaban a tal punto, que nadie sería capaz de discutir esta verdad: la riqueza nacional no proviene de otra cosa que del trabajo de los obreros (Cfr. Rerum Novarum, 25).

A pesar de ese hecho, el Papa consideró necesario recordar que los proletarios son, por su naturaleza, tan ciudadanos como los ricos, y por lo tanto, miembros verdaderos y vivientes del gran cuerpo de la nación —aparte de constituir, en toda sociedad la inmensa mayoría (Cfr. Rerum Novarum, 24).

¿Cómo podría, entonces, funcionar sanamente el cuerpo social, prescindiendo del aporte o reduciendo al mínimo la participación de quienes, como los trabajadores, labran mayoritariamente la riqueza y la grandeza nacionales? ¿O se ha visto alguna vez que la nación crezca y

se desarrolle sanamente, basada en aquellos que sólo buscan su provecho personal, y apoderándose del dinero y del crédito, administran la sangre de la que vive la economía y tienen en sus manos el alma de la misma —como lo denunciara, textualmente, el Papa Pío XI? (Cfr. Quadragésimo Anno, 106). Esta acumulación de riqueza y poder, en manos de unos pocos —fruto natural de la irrestricta libertad de competir— genera una dictadura económica, hace horrendamente dura, cruel, atroz la economía, y desemboca —según palabras del mismo Pío XI— en el funesto “imperialismo internacional del dinero”, para el cual, la Patria está allí donde está el lucro (Cfr. Quadragésimo Anno, 105-109). Razón de más para que la Patria busque sustentarse y consolidarse preferentemente sobre el aporte de aquellos hijos suyos —la inmensa mayoría— que sólo le piden la posibilidad de un trabajo honesto y humano, para fundar una familia y cobijar su intimidad bajo un techo, y realizar en su tierra su vocación solidaria, compartiendo la suerte, los sacrificios y las alegrías de la familia común.

Mucho tiempo ha pasado desde León XIII. En gran medida gracias a sus enseñanzas, constantemente reiteradas por la Iglesia, la clase trabajadora ha tomado progresiva conciencia de sus derechos y de sus deberes y ha ido asumiendo el rol protagónico que le pertenece. No gratuitamente, y no sin dolor —como lo testifican, cada Primero de Mayo, los mártires de Chicago, y tantos otros que jalonan la historia del movimiento sindical. Su aporte se ha ido haciendo, en la misma medida, cada vez más lúcido, más maduro, más indispensable. Entre nosotros pertenece ya al patrimonio nacional, a esos

valores conquistados que sería inútil desconocer, y en vano menoscabar. Errores, los ha habido. ¿Abusos, demagogias, instrumentalización política? Sin duda: el error y el pecado acompañan a todo lo que es humano. Pero ninguno de los ya cometidos sería comparable al intento de volver, de algún modo, al pasado, por la vía de desconocer, restringir o condicionar la libre participación de los trabajadores en la gestión del destino nacional.

## UNIDOS EN EL DIOS-AMOR

Queridos hijos: la misión de la Iglesia no es solamente anunciar la dignidad del hombre y denunciar cuanto la ofende o amenaza. La Iglesia debe además servir de signo e instrumento de unidad.

Aquí, en el marco de esta Eucaristía, de este pan formado por millones de espigas dispersas, de este Pan único que a cuantos lo comen con fe los incorpora al único Cuerpo de Cristo, purifiquemos nuestros sentimientos y renovemos nuestra profesión de unidad.

De unidad, en primer lugar, con Dios, que se nos ha revelado en Jesucristo. Con Jesucristo, que se ha prolongado en la Iglesia. He aquí el alma y fundamento de toda otra unidad. Nuestra unidad con Dios por medio de su Iglesia nos hace vivir en el amor; y sin ese amor, todas nuestras palabras serían sonido hueco. Sólo el amor construye, sólo el amor permanece —nos enseña San Pablo.

Si nuestras reivindicaciones llevarán el signo del odio; si nuestras armas fueran otras que la verdad, la justicia, la fe

y la esperanza, presididas todas por el amor; si albergáramos en el corazón una voluntad de venganza o violencia; si juzgáramos sin misericordia a otros hermanos nuestros porque no hemos encontrado, en ellos, misericordia; si negáramos entre nosotros la comprensión y solidaridad que reclamamos para nosotros; si no amamos la paz y no creemos que ella se construye por corazones mansos y puros, en la paciencia y el sufrimiento; si no perdonamos; si no oramos por amigos y enemigos; si no adoramos, como único Salvador, a Cristo que en la Sangre de su Cruz mató para siempre el Odio y destruyó las barreras de clases y de razas; si nuestra justicia no es mayor que la de aquellos a los que osamos tachar de fariseos, entonces también nosotros pertenecemos al pasado, vivimos apegados a los ídolos, nuestro aporte no es rico ni original, hemos defraudado la esperanza de la Patria.

La primera tarea de la Iglesia es unirnos con Dios que es Amor. Y ese amor será el vínculo perfecto de nuestra unidad: unidad de familia, unidad laboral, unidad nacional. Hermosas palabras no construyen unidad. Ella empieza a gestarse en la propia familia, en el barrio, en la población, en el taller, en la escuela, en el sindicato, en el pan que se comparte, en la hospitalidad que se ofrece, en la solidaridad con el enfermo, el cesante, el preso y sus familiares, en el ánimo cooperativo de poner en común pareceres, recursos y sacrificios y superar así problemas comunes. Nuestro pueblo trabajador conserva intacto y enriquecido el gran tesoro de la solidaridad nacional. Indispensable aporte a la reconstrucción de Chile! También y sobre todo de este tesoro vale lo dicho por León XIII: la riqueza nacional no proviene de

otra cosa que del trabajo de los obreros...

## TRABAJADORES, ESTADO Y EMPRESARIOS

✦ Sin embargo, los trabajadores necesitan también, absolutamente, el aporte de los demás. Y en primer lugar del Estado, cuya razón de ser es promover el bien común tutelando el campo intangible de los derechos y haciendo llevadero el cumplimiento de los deberes de todos los ciudadanos (Cfr. *Pacem in Terris*, 54 y 60). Es cierto que el Estado no puede invadir toda la actividad económica, sustituyendo o aniquilando así la libre iniciativa de los particulares y cuerpos intermedios. Pero allí donde éstos no puedan, o no quieran salvaguardar los derechos fundamentales de los trabajadores, la autoridad pública debe intervenir. Ya lo decía en su tiempo el Papa León XIII: la gente rica, protegida por sus propios recursos, necesita menos de la tutela pública; mientras que la clase humilde, carente de todo recurso, se confía, principalmente al patrocinio del Estado, quien le debe una atención preferente (Cfr. *Rerum Novarum*, 27). Ningún presunto dogma de la ciencia económica podría eximirlo de ese deber. Y si por cumplirlo arriesga el reproche de paternalismo, mil veces preferible es que, con razón o sin ella, se le acuse de paternalista, antes que de contemplar impasible, por sujeción a una seudo ciencia, cómo se sacrifica toda una generación, a la vaga esperanza de una próxima generación mejor.

También necesitan absolutamente los trabajadores el aporte del capital. "No puede existir capital sin trabajo ni trabajo sin capital": es el principio constantemente reafirmado por las Encíclicas Sociales (Cfr. *Rerum*

*Novarum*, 14; *Quadragesimo Anno*, 53). Las empresas —enseña el Papa Juan— deben llevar el sello del respeto mutuo entre empresarios y trabajadores, y caracterizarse por la estima, la comprensión y, además, la leal y activa colaboración de todos en la obra común (Cfr. *Mater et Magistra*, 92).

Ninguna de estas tres instancias puede prescindir de las demás. Estado, trabajadores y empresarios deben permanecer abiertos, crear y perfeccionar sus canales de comunicación, y compatibilizar así sus respectivas necesidades y tareas dentro de un programa de beneficio común.

## FIELES INSTRUMENTOS DE PAZ

Queridos hijos: tales tareas, tantas tareas no son fáciles de realizar. Tampoco están todos en las mismas condiciones para ofrecer o sacrificar. ¡Cuántos sacrificios se le han pedido ya a la clase trabajadora! Y ella ha estado y permanece dispuesta a abrazarlos, si aparecen como condición justa y eficaz para alcanzar un destino mejor.

Ese destino llegará. Llegará si somos fieles en la esperanza y en el amor. Llegará, si no cejamos en la proclamación de nuestros derechos y en el cumplimiento de nuestros deberes. Llegará si creemos en Dios y creemos en Chile y creemos en nosotros. Llegará el día en que esta tierra nuestra será capaz de cobijar como Madre a todos sus hijos: también a ese 10% que hoy la ha dejado en busca de mejores condiciones de trabajo y de vida. Llegará el día en que los egoísmos individuales

y de grupo, cederán el paso a nobles solidaridades. Llegará el día en que, sin dejar de ser hombres, sujetos al error y al pecado, aprenderemos a respetarnos y amarnos y a hacer más humano, más divino también nuestro paso por este mundo a la Casa del Padre. Donde está presente Jesucristo, siervo de Dios y servidor de los hombres, allí pueden ser vecinos el lobo y el cordero, yacer el leopardo al lado del cabrito, y jugar el niño con la víbora —nos enseña el Profeta Isaías (11, 6-8). Donde está presente la Iglesia, testigo fiel de Jesucristo, allí los hombres pueden volver a ser hermanos. He ahí nuestro compromiso sagrado, queridos hijos: ser instrumentos de paz, la paz que sólo Cristo puede dar, la paz que es fruto de la justicia, del amor y de la libertad.

Sí: a nosotros toca completar esa obra que un día iniciara, en la humilde Nazareth el Hijo del carpintero. Que la Virgen María, esposa de José Obrero y Madre de los trabajadores, nos ayude a responder a esta confianza de Dios!

ASI SEA.

# Participación de los trabajadores y democracia

Homilía pronunciada por el Sr. Cardenal  
Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago  
1º de Mayo de 1978



Muy queridos hijos:

Este año no podré acompañarles personalmente en la celebración del 1° de Mayo. Ausente en el extranjero quiero, sin embargo, estar junto a ustedes con mi palabra, o más bien con la Palabra de Cristo. Esa Palabra que ilumina, que alegra y que libera el corazón del hombre.

Cuando esa Palabra divina quiso encarnarse humanamente escogió la familia de un trabajador. Cristo, Palabra de Dios, fue conocido como el hijo del carpintero. Fue el mundo de los operarios, de los que dependen del trabajo de sus manos, el primero en acoger al Dios hecho hombre y en reconocerlo como uno de los suyos. Designio divino que la Iglesia no puede desoír.

### **EL HOMBRE: HIJO, AMIGO Y COLABORADOR DE DIOS**

Pero no es ése el único ni el principal motivo de que la Iglesia ame con predilección a los trabajadores y sienta como propias sus tristezas y aspiraciones. Mucho antes del Concilio Vaticano II; antes de que el Papa León XIII explicitara su Doctrina Social; antes, incluso, de que el Verbo de Dios se encarnara para luego morir en la Cruz, Dios ya había revelado claramente que su gran Amor es el Hombre.

Toda la Escritura Santa, mis queridos hijos, nos trae desde su página primera este anuncio sorprendente: Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza. Dios quiere que el hombre sea verdaderamente el Rey de la Creación. Dios ha salido a buscar al hombre para hacer con él alianza y confiarle a él el desarrollo del Universo.

Toda la Sagrada Escritura no hace otra cosa que hablarnos de este amoroso respeto de Dios por el hombre, de este afán divino por volcar en el hombre su propio aliento, de esta voluntad divina de hacer del hombre su hijo, su amigo, su colaborador. Por eso el autor inspirado de los Salmos llega a preguntar, con asombro: "Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes y te preocupes de él? Lo hiciste apenas inferior a un dios. Lo coronaste de gloria y de esplendor. Lo hiciste señor de las obras de tus manos: ¡todo lo que pusiste bajo sus pies!" (Salmo 8).

### **LA INJUSTICIA Y LA OPRESION, AGRAVIOS A DIOS**

Cada cierto tiempo Dios enviaba profetas para exhortar al pueblo a vivir conforme a esa su dignidad. Y esos profetas denunciaban, como un agravio hecho a Dios, las injusticias y opresiones inferidas al hombre. "¡Clamá a gritos, no te moderes! —decía Dios a su profeta Isaías—. Denuncia a mi pueblo su rebeldía. Les gusta pasar por gente que practica la virtud. Ayunan, pero están buscando hacer su negocio y explotan a todos sus trabajadores... El ayuno que yo quiero es: romper las cadenas injustas, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, compartir el pan con el hambriento, albergar al pobre sin hogar" (Isaías 58). Ese era el sacrificio que complacía y complace al Señor: "Busquen lo justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, aboguen por la viuda" (Is. 1,17). "Eso es conocerme: hacer justicia al pobre y desvalido" (Jeremías 22,16).

Ese amoroso respeto de Dios por todo hombre encontró su máxima expresión en Cristo, Verbo de Dios encarnado. "Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo único". El hizo suya nuestra carne humana, pero con ella hizo también suyas la angustia y la esperanza, la suerte y destino de cada hombre, y muy especialmente de los que, destituidos de auxilio, en nada pueden apoyarse sino en El: "¡Todo lo que hiciste, o dejaste de hacer, a uno de estos mis pobres, mis pequeños hermanos, a Mí me lo hiciste!" Y para rubricar el valor absoluto de toda vida y de todo destino humano, pagó Dios por el hombre el valor infinito de la sangre de su Hijo.

No es, por eso, una novedad, no es un cambio en la doctrina de la Iglesia el que ella aparezca hoy día empeñada en servir al hombre, en promover el desarrollo y urgir el respeto de los derechos del hombre. Y no se puede tampoco concebir que la Iglesia claudique o calle, se muestre vacilante o ambigua cuando se trate de defender la vida y la dignidad humana. De ella derivan derechos y deberes que son universales, e inviolables, e irrenunciables. Hoy estamos reunidos precisamente para recordarlos y para revalidar nuestro compromiso con ellos.

### **LOS CRISTIANOS SOMOS HOMBRES DE ESPERANZA**

Al decir esto, queridos hijos, estamos constatando una realidad: hay derechos, consustanciales al hombre-trabajador, cuyo ejercicio aparece restringido, suspendido o amenazado. Hay deberes —tan irrenunciables como

sus correlativos derechos— que el hombre-trabajador no está hoy en situación de cumplir. Todo eso ustedes lo saben mejor que nadie, y lo sufren muchas veces con dolorosa impotencia.

Pero no celebramos este día para exacerbar amarguras. Los cristianos somos hombres de esperanza y no podemos dar cabida al odio en ninguna de sus formas y grados. No juzgamos sobre las conciencias de nuestros hermanos ni aceptamos corregir injusticias o violencias con las mismas armas con que nos son impuestas.

### **PAZ SOCIAL Y DERECHOS DE LOS TRABAJADORES**

¿Por qué, entonces, insistimos en recordar y urgir nuestros derechos; por qué la Iglesia —en todos sus niveles— renueva hoy su compromiso con las aspiraciones del mundo del trabajo, arriesgando ser mal interpretada, expuesta a la acusación de perseguir fines políticos o estratégicos?

Es porque sabe, es porque ha hecho tantas veces la experiencia de que la paz social y la seguridad nacional nunca están mejor garantidas que cuando el pueblo trabajador ve y siente reconocidos sus derechos. Es porque sabe que la riqueza nacional "no proviene de otra cosa que del esfuerzo de los trabajadores", y que su participación protagónica en la convivencia social es indispensable para construir la Patria.

Nosotros respetamos, queridos hijos, a quienes cumplen la elevada misión de cautelar el orden público. Nosotros creemos en la buena voluntad de quienes buscan

restaurar la economía nacional sobre bases sólidas. Solamente quisiéramos compartir con ellos nuestra convicción de que no hay base más sólida ni mejor medida de seguridad que un pueblo trabajador unido y organizado, consciente de su fuerza y de sus responsabilidades, e invitado a participar, como interlocutor de pleno derecho, en la gestión de sus fuentes de trabajo y en la formulación de políticas económicas y sociales.

Consecuentes con esta convicción quisiéramos alentar los esfuerzos e iniciativas tendientes a normalizar el libre ejercicio de la actividad sindical; a devolver a los trabajadores su plena capacidad de negociación colectiva, y a perfeccionar los canales de participación laboral en aquellas deliberaciones y decisiones que comprometen su futuro.

### **LA ECONOMIA AL SERVICIO DEL HOMBRE. NO AL REVES**

Paralelamente nos inquieta el anuncio de algunas medidas económicas, en las que el grueso de la clase trabajadora percibe un desconocimiento o pérdida de conquistas laboriosamente adquiridas. Apreciamos la recta intención de quienes preconizan esas medidas, y su elevado espíritu de aliviar la angustiosa situación de quienes no tienen trabajo. Creemos, sin embargo, que la Doctrina Social de la Iglesia, cuyo carácter normativo liga la conciencia de todos los católicos, exige ponderar, junto con los beneficios que de esas medidas se esperan, también y sobre todo su necesario impacto desmoralizador, su efecto deshumanizante en las relaciones laborales.

No puede razonablemente pedírsele, a una clase trabajadora ya sacrificada en exceso, aún el sacrificio de renunciar —sin su consentimiento— a un mínimo de estabilidad en su fuente de trabajo, y a un mínimo de dignidad en la valoración de su esfuerzo. Tampoco creemos que la conciencia empresarial resulte positivamente estimulada por medidas que permiten contratar una fuerza de trabajo, abandonada inerme a las condiciones aleatorias de la oferta y la demanda. Y tal juicio nuestro es plenamente compartido por los empresarios católicos como públicamente lo han manifestado en estos días.

Suponemos, en cualquier caso, que antes de comprometer una decisión final en tal materia se escuchará con respeto el sentir de quienes serán más directamente afectados por ella. Según la enseñanza de la Iglesia, en efecto, "hay dos derechos del ciudadano que encuentran en la democracia su expresión natural: manifestar su propio parecer sobre los deberes y sacrificios que le son impuestos; y no estar obligado a obedecer sin haber sido escuchado" (Pío XII, Radiomensaje de Navidad 1944).

### **PARTICIPACION DE LOS TRABAJADORES, FACTOR DE DEMOCRATIZACION**

Se nos dirá tal vez que una plena democracia no es todavía posible, y que razones ajenas a la buena voluntad de los gobernantes hacen necesarias medidas restrictivas de emergencia.

Reiteramos nuestro respeto a quienes sinceramente piensan cimentar así un destino mejor para la Patria.



Conocemos y valorizamos los pasos que se dan para dotar a nuestro país de instituciones jurídicas capaces de sustentar una sana convivencia democrática.

Pero estamos, otra vez, convencidos de que la participación organizada de la clase trabajadora es un factor indispensable de democratización: económica, política y cultural.

Hay un modo de ser, una concepción y una experiencia de la vida, un patrimonio de valores morales que son propios de la cultura obrera y sin los cuales el alma nacional estaría mutilada y trunca.

¿Cómo podría gestarse un modelo social genuinamente chileno sin incorporar este aporte, sin estimular y acoger ese imponente patrimonio moral que Dios ha querido confiar a los humildes?

¿Y cómo podría pensarse en una convivencia pacífica y estable si la mayor parte de nuestro pueblo no llegara a sentirse identificada con un proyecto político y social elaborado sin su concurso e impedido así de reflejar sus aspiraciones?

### **ES NECESARIO QUE LOS OBREROS PUEDAN HACER OIR SU VOZ**

La Doctrina Social de la Iglesia, que es la concreción de la sabiduría y experiencia de siglos y que emana del Evangelio, declara terminantemente por boca de los Sumos Pontífices que los trabajadores tienen derecho a participar activamente en la vida de las empresas, pues es la única manera de hacer de la empresa una auténtica comunidad humana. Esto exige que las relaciones

mutuas entre los empresarios y dirigentes, por una parte, y los trabajadores, por otra, lleven el sello del respeto mutuo, de la estima, de la comprensión, y, además, de la leal y activa colaboración e interés de todos en la obra común. Por esto es necesario que los obreros puedan hacer oír su voz y aporten su colaboración para el eficiente funcionamiento y desarrollo de la empresa. Hay que hacer notar, por lo tanto, que el ejercicio de esta responsabilidad creciente por parte de los trabajadores en la empresa no solamente responde a las legítimas exigencias propias de la naturaleza humana, sino que está en perfecto acuerdo con el desarrollo económico, social y político de la sociedad civil en la época contemporánea (Cfr. Mater et Magistra).

Toda democracia moderna requiere fundamentarse en un consenso, no en el conflicto; en el derecho antes que la fuerza. Preparar los caminos de una democracia supone consecuentemente promover la igualdad y la participación de todos en las responsabilidades comunes —lo que se traduce, en el caso de los trabajadores, en un derecho de organizarse libremente y sin riesgo de represalias (Gaudium et Spes 68,2; Cfr. Carta del Cardenal Villot a la VI Semana Social de Chile).

### **HUMANIZACION DE LA ECONOMIA Y PARTICIPACION DE LOS TRABAJADORES**

También la economía podrá así orientarse mejor hacia su finalidad específicamente humana. Es difícil asegurar que la economía esté —como es su razón de ser— al servicio del hombre cuando ella se construye sobre el lucro como su motor esencial, sobre la

competencia como su ley suprema; sobre un liberalismo sin freno en la concepción del derecho de propiedad. La plena incorporación de los trabajadores al proceso económico puede reorientar los espíritus hacia una dimensión solidaria de los derechos privados; hacia una destinación universal y justa de los bienes creados; hacia la satisfacción de necesidades verdaderamente humanas, y hacia la humanización de los instintos económicos, elevándolos al servicio del desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres.

El Santo Padre nos ha dicho recientemente, por medio de su Cardenal Secretario de Estado, que con estas premisas de humanización de la economía "debe lograrse que el sentido de servicio a la sociedad sea la motivación dominante, también en el campo económico", y que "en estas perspectivas debe colocarse el esfuerzo que se exige al pueblo chileno" (Carta Cardenal Villot, VI Semana Social de Chile).

Los trabajadores de Chile —pensamos— han dado muestras más que suficientes de su sentido patriótico y de su disposición a sacrificarse por el bien común. Con razón reclaman la oportunidad de mostrar que una mayor confianza depositada en sus organizaciones, lejos de constituir un factor de desorden o inseguridad, podrá contribuir decisivamente a la formación de un gran consenso nacional. Los errores del pasado y los riesgos del porvenir no deberían paralizar el dinamismo creador que surge de las entrañas de nuestro pueblo.

#### **EL PUEBLO NO CREE EN LA VIOLENCIA**

Y sabemos que nuestro pueblo procurará no defrau-

dar esa confianza. Muchas y tristes experiencias no han logrado arrebatarse su sed de justicia, su ansia de libertad, su fe en el amor.

Nuestro pueblo no cree en la violencia ni acepta a los que preconizan el odio. Recibe con agrado todo llamamiento a la reconciliación; está dispuesto generosamente al perdón y al olvido, aun en las situaciones humanamente más dolorosas. A este pueblo humilde tan querido deseo hoy decirle, como Pastor de la Iglesia, mi respeto y mi cariño. Siempre ha tenido y tiene algo que enseñarme. En sus manos he visto las huellas de Dios Creador. En su cansancio y dolor, una prolongación de la Cruz de Cristo Salvador. En su solidaridad admirable, en su alegría, en su paz, una presencia del Espíritu de Jesús resucitado.

Quiero también darles las gracias. En horas de prueba, a veces muy amargas, los trabajadores chilenos han dado su testimonio de fe y fidelidad. Han creído en Dios y en su providencia de Padre. Han creído en la Iglesia. Han sido fieles a sus Pastores, fieles a su Evangelio de misericordia, de perdón y de paz. Víctimas o espectadores del odio, han perseverado en el amor. Probados duramente en la adversidad, permanecen de pie, activos en la esperanza.

Gracias, queridos hijos, porque en esa sencillez de los humildes, en esa transparencia de los pobres se hace patente la grandeza de Dios. Que El les bendiga, les fortifique en la fe, confirme y acreciente su esperanza, les colme de amor.

Reciban la bendición y el afecto de su Pastor.